

¿Herejías...? A propósito de las críticas de Luisa Paré y Samuel Villela

Silvia Terán

*A Marx, en reconocimiento a los combates
que libró contra los mitos de su tiempo.*

Este es un comentario a propósito de dos artículos que se han escrito para cuestionar los planteamientos que escribí en un artículo intitulado "Aquí se Estrelló la Ciencia". No voy a responder refiriéndome a los aspectos que en esos artículos se mencionan porque lo considero inútil y aburrido para el lector, pero sobre todo porque creo que lo que está en juego son ciertas perspectivas que se derivan de un modo de ver y evaluar las experiencias a las que uno se enfrenta. Por eso he preferido hacer una serie de referencias que están detrás de los puntos de vista que expresé en dicho artículo, más que polemizar con sus autores.

La polémica no me gusta porque es evidente que cada una de las partes habla desde su razón y, desde ella, tiene razón. Su razón se finca en su experiencia y, en ese sentido, es difícil decir que alguien está equivocado porque ¿quién dice dónde está el error? Para que haya error se necesita una VERDAD y ¿quién tiene la VERDAD?

Por mucho tiempo estuve convencida con Luisa y Samuel —antiguos compañeros de escuela— de que la verdad estaba en el marxismo. Actualmente sigo utilizando el marxismo porque me parece un instrumento útil para analizar y entender lo que ocurre en el mundo, pero no por ello excluyo la utilización de otras herramientas, e incluso la creación de algunas cuando no puedo entender ciertas experiencias con los conceptos que existen. Ahora creo que hay cosas más importantes que la defensa de una verdad o de un punto de vista. Este cambio de mirada me fue doloroso, pero indispensable. Hubo experiencias del mundo, de mi contorno, que me enfrentaron. ¿Cómo justificar, por ejemplo, la intolerancia de los Estados socialistas, en los que sus líderes —contra todos los principios libertarios del comunismo— se mantienen en el poder desde que lo toman hasta que la muerte se los arrebató? ¿Cómo entender la represión popular en un estado como el polaco, en el que supuestamente los dirigentes son comunistas y los que insurgen son los mismísimos obreros? ¿Cómo entender el dogmatismo y la intolerancia del

marxismo académico con todo su escolasticismo, su culto a las citas y a la autoridad de las palabras sagradas de un texto y de un hombre? ¿Cómo entender la inconsecuencia entre las convicciones que se pregonan y los actos egófstas, intolerantes y autoritarios con la gente, los amigos y los familiares?

Se me puede rebatir con el clásico argumento —que, por cierto, yo esgrimí por mucho tiempo para no ver lo evidente— de que el hecho de que sucedan esas cosas no invalida al marxismo, ni al socialismo como experiencia positiva. Efectivamente. Conozco marxistas muy respetables y creo que hay aspectos positivos en las experiencias socialistas. Sin embargo, eso me pareció insuficiente en un momento dado, porque los aspectos que no alcanzaba a justificar, no me parecían ni me parecen circunstanciales, sino al contrario, profundamente consustanciales. En el capitalismo, o en otros sistemas, uno también puede encontrar experiencias buenas, pero lo básico anda mal. Así llegué a pensar del socialismo, pues allí se mantiene una dominación básica que no me parece muy loable por muy socialista que sea.

Las explicaciones que me he buscado a lo mejor no están muy bien encaminadas, pero creo que los síntomas a que me refiero en las cosas que he escrito, no son pura invención mía. Por cierto que en este camino, aunque mis inquietudes surgieron en torno al marxismo, porque era en lo que yo creía "a pie juntillas", en un momento dado he llegado a pensar que el problema no es el marxismo, sino algo más amplio que lo incluye como podría ser la misma ciencia y, aún más, la cultura occidental en su conjunto.

Quizá Luisa y Samuel no comprendan mis inquietudes porque, como es de suponer, ellos creen en lo que dicen y hacen, pero estoy segura de que yo expreso la experiencia de otras gentes que seguramente se han formulado las mismas dudas que yo, a partir de experiencias externas e internas si no iguales, sí semejantes. Seguramente de mí, como de otros, se dirá que estamos confundidos, que no entendemos

el problema de la transición, etc. . . Puede ser. Pero es que yo no encuentro una diferencia básica entre el autosacrificio cristiano que les exige a sus fieles aguantarse aquí en la tierra, para ganar las glorias de la otra vida en el cielo, y el autosacrificio comunista, que les exige a sus partidarios aguantarse los horrores de la dictadura burocrática, para alcanzar las glorias del comunismo venidero, quién sabe cuándo. O para no irse muy lejos, el ejemplo se equipara con la demanda del actual Estado Mexicano que pide al pueblo austeridad, solidaridad y paciencia para atravesar la presente crisis. . . En cualquier caso, es difícil que el pueblo se aguante y solidarice con el Estado, cualquiera que éste sea, cuando éste se basa en la intolerancia, la represión, la corrupción, la mentira y qué sé yo.

Sóloamente en base a una fe ciega, a una inocencia bíblica, a hábiles malabarismos o a cualquier otra cosa por el estilo, puede uno ponerse a atacar los horrores capitalistas y defender, al mismo tiempo, el terror socialista. Y que no se me acuse de unilateral, Luisa. Las injusticias generadas por las contradicciones básicas de uno u otro régimen, son igualmente lamentables. La diferencia estriba, para mí, en que el capitalismo es casi un cadáver —lo cual no significa que no hay que seguir haciendo la lucha por destruirlo y enterrarlo— y en cambio, el sistema socialista es una esperanza naciente, motivo por el cual resulta alarmante que ya empiece a oler a podrido. ¿Con qué autoridad moral vamos a defender esa alternativa si desde el principio, defenderle significa justificar una nueva opresión? Para creer en algo, es importante creer en nosotros mismos y ¿es posible acaso creer en nosotros, en nuestra integridad, basándonos en una doble moral que condena por un lado lo que por otro justifica?

Yo francamente no creo que sea posible vivir integrado y con un respeto a uno mismo, criticando las desgracias del capitalismo y defendiendo las dictaduras socialistas. La trampa, creo, consiste en haber confundido el marxismo con las causas populares, pues mucha gente que se inquieta por estas cuestiones, no enfrenta la crítica al marxismo y al socialismo porque lo vive como una traición al pueblo. Para mí marxismo y pueblo no son iguales. Yo creo en el pueblo y estoy convencida de que siempre, a lo largo de la historia, los pueblos han tenido una enorme capacidad para resolver sus problemas cuando hay que hacerlo, con o sin intelectuales. Y sin intelectuales mejor, porque también la historia nos demuestra que éstos siempre se han puesto en la vanguardia y siempre acaban siendo el nuevo poder que domina al pueblo. No dudo que existan intelectuales respetables y desprendidos, que hayan resuelto sus problemas internos con el poder y que puedan participar acompañando al pueblo, pero creo

que esto es más bien la excepción y que la regla es la ambición de poder. El marxismo es la voz de algunos intelectuales que quieren identificarse con las luchas populares —lo cual es muy respetable—, pero ni es LA VOZ del pueblo —como muchas veces aparece—, ni tiene el monopolio de la solidaridad popular. Me parece importante realizar este deslinde para poder mirar de frente las verdades que ha engendrado el socialismo y para admitir que pueden existir varios caminos que conduzcan a la liberación de la explotación, el dominio y la opresión.

Otro deslinde que me parece necesario y urgente, es el que hay que hacer entre marxismo y marxistas. Esto no lo digo para salvar la “infalibilidad del marxismo” frente a las “debilidades humanas”, pues el marxismo es un producto humano y, como tal, es un reflejo de las gentes que lo producen y lo reproducen, es decir, de los marxistas. Lo digo más bien para ubicar al marxismo como lo que es: un cuerpo de ideas, un instrumento, y no como LA VERDAD en que lo han querido convertir muchos marxistas. Pobre Marx. ¿Qué haría si viera convertida en una nueva religión su pensamiento y a él, que tanto combatió mitos, dioses y santos, convertido en uno de ellos? Pero sobre todo ¿qué haría de ver que a nombre de sus ideas que buscaban romper con el dominio y la explotación, se han montado las dictaduras más sólidas de la historia y que ellas no son precisamente del proletariado, sino de la más nefasta y oscura burocracia? Pero ni modo. Ni a él, ni a otros científicos que han producido poderosas armas de dominio, los podemos responsabilizar directamente por haberse sometido a su destino, que es el destino de una sociedad, de una cultura, de una lógica que nació marcada con el signo del dominio y que, al paso de los siglos, no ha hecho más que cambiar de fachada, permaneciendo fiel a sí misma. Pero por desgracia —¿o por fortuna?— nosotros no tenemos la opción de la incertidumbre que sí tuvieron quienes nos antecedieron. Las cartas del juego están lo suficientemente abiertas como para poder adivinar el rostro del futuro que habíamos elegido.

Ni el marxismo, ni la ciencia, ni ninguna corriente filosófica o moral, tienen el monopolio de la verdad. Sólo cuando el marxismo deja de ser todopoderoso, omnipotente e intocable a nuestros ojos, nos es posible utilizarlo para entender al propio marxismo, la ciencia de la cual es parte y cualquier pensamiento, como un producto humano, clasista, histórico, imperfecto y perecedero como cualquier otro. Aplicar el marxismo al marxismo y a la ciencia ha sido una tarea reveladora y difícil porque ha implicado la remoción de muchas certezas que han justificado el lugar social de los especialistas del saber, de nuestros privilegios y nuestra soberbia. Ha implicado, en pocas palabras, el cuestionamiento de mi identidad.

La aplicación de la teoría del valor a la producción de conocimientos ha sido el corolario necesario de un proceso que comenzó por ser un cuestionamiento existencial. Así como en un momento dado me surgieron una serie de interrogantes acerca del socialismo, igualmente me enfrenté a una serie de incongruencias que observaba entre los científicos en su desprecio hacia el saber de "los otros", en su desprecio a la subjetividad, en sus prejuicios, intolerancia, falta de solidaridad, envidias, afán de prestigio. Sobre todo, me impresionó la presencia de estos ingredientes en aquellos que supuestamente tenían una conciencia social y un compromiso con las luchas de su tiempo. En la búsqueda de respuestas a estas inquietudes, la aplicación de la teoría del valor a la producción científica fue un instrumento intelectual útil que me abrió la puerta hacia la crítica de mi formación, de mi medio, de mi actividad. El uso de tal instrumento me ha llevado a concluir, a grandes rasgos, lo siguiente:

— Que la ciencia es la forma dominante de producción de conocimientos en la etapa de la industrialización, es decir, en el capitalismo y en el socialismo.

— Que como forma productiva está históricamente determinada por la sociedad y la clase que la produce, que es, finalmente, la clase en el poder.

— Que así como la producción capitalista económica se basa en la propiedad privada de los medios productivos, la ciencia se fundamenta, antes que nada, en el monopolio de la verdad.

— Que así como la producción económica capitalista es la culminación de una historia de despojos progresivos de los medios productivos de los productores directos, que se inició desde tiempos inmemoriales, la producción de conocimientos se inició en aquellos mismos tiempos, con la germinación de las clases, del Estado y de los especialistas del saber. Estos inventaron LA VERDAD, al mismo tiempo que la monopolizaban, despojando así a las clases sojuzgadas de su principal medio productivo que es su capacidad reflexiva. Desde entonces, esas clases han sido depositarias de la "ignorancia", nombre—estigma que se otorga despectivamente a aquellos que están fuera de los marcos de la producción especializada e institucionalizada del saber.

— Que la producción científica de conocimientos, es una producción de valores de cambio, pues los conocimientos han sido despojados de elementos subjetivos, merced al método científico, y gracias a la objetividad son productos enteramente para consumo de otros y no del productor. Para que el producto sea un valor de cambio se ha requerido de despojar de su subjetividad al "objeto" del conocimiento (hombres y naturaleza) y al "sujeto" del proceso de conocimiento.

— Que para que existan especialistas capaces de renunciar a su subjetividad, para pensar con objetividad, es decir, no con los propios pensamientos sino con los pensamientos dados, adecuados, se requiere de un largo entrenamiento escolar.

— Que la renuncia a su subjetividad es la renuncia al ejercicio del poder personal y que la adopción de la objetividad es la transferencia de ese poder personal a la "sociedad" para la acumulación de poder social.

— Que como el poder social no es un poder colectivo de toda la sociedad, sino que es el poder de una clase, la ciencia es el discurso de esa clase y ha servido para acrecentar su poder.

— En resumidas cuentas, que en la historia de producción de conocimientos se refleja la misma lógica —aunque en su propio código— que en la producción material y que, en este sentido, no son historias paralelas, una determinando a la otra, sino una, y la misma historia en la que los dos procesos se determinan mutuamente y cuya racionalidad es, por supuesto, la misma, o sea, la racionalidad de la explotación y del dominio. Esta lógica, en la ciencia, se refleja no sólo en las relaciones sociales de producción científicas, es decir, en las relaciones de producción, distribución y consumo científico, sino también en la racionalidad científica, es decir, en sus presupuestos, en su método, en la objetividad, en la búsqueda de generalizaciones, en su estructura causal y en la experimentación.*

Es evidente que tales ideas serán muy impopulares entre los científicos —marxistas o no marxistas— porque rompe con nuestra imagen de benefactores, humanistas, inocentes buscadores de la verdad y porque señala que justamente en la objetividad, el gran pilar de la ciencia es donde radica la violencia más dura que la actividad científica ejerce sobre los productores y consumidores de ciencia. Pedir que tales ideas sean acogidas por los científicos es como pedirle a un burgués que haga suya la teoría del valor trabajo; sin embargo, he decidido lanzar mis ideas por si acaso. . .

Mientras el marxismo o cualquier forma de pensamiento se viva como la VERDAD, lo único que haremos a nuestro paso es colaborar con la reproducción del dominio, pues degradaremos otras verdades y buscaremos convertir a los otros o, en su defecto, destruirlos. El monopolio de la verdad va de la mano con la intolerancia y con el ejercicio del dominio ¿o no?

Para salirse de esa lógica —al menos en el terreno que nos movemos— es necesario integramos como

* Todas estas ideas están un poco más desarrolladas en un artículo que escribí en 1981, en la revista *Yucatán: Historia y Economía*, titulado "El Espejo del Poder".

individuos, recuperar esa parte subjetiva a la que la estructura científica nos pide renunciar. Una vez recuperada, es posible aceptar que la verdad no existe y por lo tanto no es monopolizable —aunque socialmente sí lo es—, y rescatar las reflexiones que hacemos, antes que nada, para nuestra vida —como valores de uso—. Es el único camino que vislumbro para actuar en la dirección que uno desee con integridad y respeto a uno mismo y a los demás.

También por esos motivos, tampoco me interesa defenderme o atacar a Samuel y a Luisa. Respeto sus convicciones y no creo justo decirles que están equivocados ¿quién soy yo para hacerlo? Lo único que me interesa es que quede claro el porqué de mi punto de vista y también comentar, de paso, que creo que Samuel no me interpretó bien, o yo no

supe darle a entender. El punto de partida de su crítica es que, según él, yo digo que el “objeto” de estudio recupera su mirada gracias a las buenas intenciones del investigador. Si eso fue lo que dije, me solidarizo con sus observaciones, pero tengo la impresión de haber dicho algo distinto. Y a propósito, quiero protestar porque la revista “Cuicuilco” ha publicado dos críticas a mi artículo, sin dar a conocer el artículo en cuestión. Creo que sería justo que los lectores de “Cuicuilco” conozcan directamente lo que dijo Silvia Terán.

Para finalizar quiero agradecer los comentarios de Samuel y Luisa y agregar que es una lástima estar tan lejos porque me gustaría mucho tomar un café con ellos, para platicar de éstas y otras cosas. Saludos.